



¿QUÉ LE PASÓ AL GIRO LINGÜÍSTICO? DE LA NARRATIVIDAD A LA INTERPRETACIÓN EN HISTORIOGRAFÍA

Pablo VÁZQUEZ GESTAL
Universidad Complutense

BIBLID [0213-2370 (2006) 22-2; 237-257]

El presente artículo pretende hacer un diagnóstico del estado de la historiografía general después de los efectos del llamado giro lingüístico. Los cambios sociales y culturales de la última década han planteado nuevas preguntas a los historiadores. Nuevos conceptos, como identidad y conciencia, son las herramientas que están provocando un cambio sustancial en el modo de escribir historia.

This article deals with the present state of general historiography after the consequences of the linguistic turn. The last decade's social and cultural changes have asked historians new questions. New concepts, such as Identity and Conscience, are the tools to develop a new historical writing.

*Para Federico,
con la esperanza de que podamos llegar a comprender su gesto.*

- Cuando yo empleo una palabra –insistió Humpty Dumpty en tono desdenoso– significa lo que yo quiero que signifique...; ¡ni más ni menos!
- La cuestión está en saber –objetó Alicia– si usted puede conseguir que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.
- La cuestión está en saber –declaró Humpty Dumpty– quién manda aquí... ¡si ellas o yo!

Lewis Carroll, *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*.

NUESTRA HEROÍNA VICTORIANA NO APRENDIÓ en su viaje a través del espejo otra cosa que la inefable flexibilidad del lenguaje. Los personajes del cuento de Carroll, como el arrogante Humpty Dumpty, enseñaron a la pequeña Alicia las cautelas con que ha de ser recibido, procesado y señalado el mensaje lingüístico. La referencialidad entre lenguaje, tiempo y espacio –y la unidad de significante y significado– se convertía en puro juego filosófico en las aventuras creadas por un divertido profesor de matemáticas de Oxford.

La posmodernidad y el rol del lenguaje en la cultura contemporánea

En un nuevo final y comienzo de siglo, nuestra presente identidad cultural, en permanente estado de autodefinition por los desafíos de las nuevas demandas sociales, ha comenzado a cabalgar justo en la dirección contraria a



la que se le aconsejaba hasta hace bien poco. La modernidad, con la bandera de progreso por estandarte, señalaba que el camino que debía hacerse era lineal, recto y siempre hacia delante (ver Kumar 1978). Mientras la fe en los números –la objetividad y la ciencia– reemplazaba a la práctica de la filosofía –la relatividad y la especulación– en el mundo del conocimiento, la teología del Estado y la creencia en las instituciones conseguía hacer rodar la cabeza de las religiones y liberar a la cultura occidental del yugo esclavista de Dios (Delanty 2000).

Sin embargo, el posmodernismo comenzó a señalar desde fines de los sesenta, cuando se veía venir un giro sustancial en el seno intelectual de la así llamada modernidad (D'Agostini, y Bell 1962), que quizás no estaría de más comenzar a revisar el camino hecho hasta el momento, pues parecía que se habían perdido varios detalles de capital importancia. Ese síntoma, que comenzó como malestar a fines de los sesenta y se ha difundido hasta convertirse en verdadera moda intelectual, la ya famosa crisis de los ochenta, se vio favorecido paulatinamente además por la devaluación en la práctica de las construcciones de las ideologías del XIX: la esclerosis del Estado y de la Nación en el lado liberal y el colapso de los regímenes comunistas en la práctica del pensamiento marxista. Es así como nacía la llamada era posmoderna o, genéricamente, posmodernidad –concepto empleado para definir el espacio y tiempo históricos donde se desarrollan las teorías del posmodernismo–.

El movimiento intelectual y estético llamado por tanto posmodernismo (ver Anderson) ha de ser comprendido no obstante a través de la especial relación que ha pretendido establecer con el lenguaje y la lingüística. Nuestra corriente tiene en los prefijos gramaticales una de sus señas de identidad, siendo *re-* y *pos-* dos de sus principales timbres de personalidad. Revisiónismo, reformulación o redefinición son vástagos que pertenecen al primer linaje. Postcolonial, postindustrial o postestructural y, por supuesto, el mismo nombre de posmodernidad, son los frutos estimables del segundo. No es de extrañar por tanto que haya sido denominada como “the time of the Posts” (Best y Kellner 3). No obstante, y aparte de ironías y bromas lingüísticas, esa doble manera de distinción señala la especial relación que parte del posmodernismo pretende establecer con el pasado: siendo una continuidad, pues vendría a ser la parte *post*, final, de un determinado tiempo y espacio, es a la vez una ruptura, porque después de la construcción llevada a cabo por la modernidad, se quiere poner el acento en lo que se ha desechado o destruido, para, con ello, intentar rescatar lo que se perdió. No obstante, uno de los graves y más espinosos problemas del posmodernismo es que no hay una conformidad conceptual ni un acuerdo claro y explícito de sus propuestas, aspiraciones y formulaciones (ver Dickens y Fontana); no sin perfecta ironía



posmoderna Bertens lo denominaba “an exasperating term” (3) y Lyon ha señalado cómo “has engendered a huge, sometimes angry, sometimes anxious, debate in many disciplines from geography to theology and from philosophy to political science” (4). La heterogeneidad de las variantes y los cambios producidos en su seno, si no contradicciones, es también una de sus más elocuentes características (ver Taylor y Winquist 1998 y 2001).

La importancia y el rol del lenguaje dentro de la posmodernidad no es original, aunque sí sea característica fundamental suya. Nuestro movimiento se hizo eco de preocupaciones anteriores y recuperó y aprovechó las vías desarrolladas por la filosofía analítica del lenguaje en el periodo de entreguerras, que tiene en Wittgenstein su punta de lanza, heredero a su vez de las aspiraciones de la escuela lógica inglesa, y la metafísica del ser de Heidegger (ver Sheehan 22-25), para adentrarse en las raíces ontológicas del lenguaje y poner en entredicho las claves constructivas del nominar. La teoría lingüística y el nacimiento de la semiología, que tienen en Ferdinand de Saussure a uno de sus padres fundadores, venía a espolpear todavía más aquellos iniciales intereses.

Una herencia que llegó a cuajar en el pensamiento posmoderno de los años sesenta a través de dos grandes vías. De una parte, la escuela semiótica (un buen resumen lo ofrece Gottdiener 1994) de Roland Barthes, con Francia como centro de gravedad, continuó desentrañando las claves constitutivas del lenguaje, insistiendo en los elementos subjetivos del mismo, lo simbólico y la referencialidad, siendo luego Derrida uno de sus máximos exponentes. De otra, la escuela hermenéutica, cuyos máximos representantes siguen siendo Hans-Georg Gadamer, siendo Alemania su espacio natural de desarrollo, y Paul Ricoeur, desde Francia, ha venido a señalar la importancia del lenguaje no tanto a partir de presupuestos lingüísticos, o si se prefiere nominales o textuales, o neurobiológicos, sino más bien filosóficos, metafísicos, señalando las implicaciones ontológicas que tienen para la constitución de los grandes conceptos de ser, tiempo y espacio y dando nacimiento consecuentemente a lo que se ha dado en llamar una ontología hermenéutica o del lenguaje.

Con todo ello el posmodernismo intentó establecer unas nuevas reglas de juego en el saber intelectual occidental. En primer lugar, atacando de manera contundente la objetividad, porque entendía que no existía diferencia entre nombrar el objeto y el objeto mismo. El lenguaje es el que crea el mundo, y no el mundo el que crea el lenguaje. El lenguaje viene a crear nuestra forma de pensar, y no nuestra forma de pensar el lenguaje. Éste deja de convertirse en una herramienta preconcebida, prenatal, preestablecida, para convertirse en el centro de la cuestión filosófica básica. La reflexión y el análisis sobre cómo se construyen los conceptos y las palabras –y con ellos las ideas– se colocó en el centro de todos los estudios científicos, incluyendo también



las así llamadas ciencias naturales (Best y Kellner). En segundo lugar, rescatando discursos minoritarios, desplazados u ocultos a través de una reescritura de los viejos programas de la modernidad y gracias también a una recuperación de conceptos minusvalorados o ignorados anteriormente, modificando con todo ello el punto de vista desde donde se habían de realizar dichos análisis.

La posmodernidad en una primera fase se ha mostrado muy agresiva y extrema (así tildada en Best y Kellner 24) en sus materializaciones y afirmaciones (ver Bertens 7), proclamando toda una serie de muertes –del autor, de la novela, del Estado, de los ideologías, de la Nación, de la filosofía...– desarrollando una serie de, así llamadas, deconstrucciones –de las identidades de género, religión, nacionalidad, familia...– o desmitologización (Kellner 8) que han terminado por disolver las certezas de la sociedad de masas, al tiempo que, paradójicamente, ha espoleado el reavivamiento de posiciones que incluso podrían denominarse premodernas –o antimodernas, si se prefiere– y en general conceptuadas como neoconservadurismo. Una posmodernidad que se ha definido más por oposición –estar en contra de, en este caso modernidad– que por asimilación –estar a favor de–. De ahí que tal y como haya señalado Rose, esa posmodernidad en negativo haya optado en la mayor parte de las ocasiones por la indefinición y la elusión antes que por la clarificación y la confirmación, prefiriendo generalmente además la pregunta a la respuesta en la mayor parte de las ocasiones. No es de extrañar consecuentemente que haya insistido entonces mucho más en la forma –o si se prefiere, en el gesto– que en los contenidos –que en el mensaje–, y que por lo tanto tenga en lo irónico, el pastiche y la paradoja parte de sus señas de identidad (ver Calinescu y Best y Kellner).

El giro lingüístico en historiografía: el triunfo de la “story”

¿Cómo respondió la historiografía a los desafíos intelectuales de esta vía posmoderna? La pérdida de confianza en lo que el filósofo Lyotard señaló como “metarrelatos” o “metanarrativas”, denominada también gran narrativa o los discursos de los paradigmas (Ross, Megill 1995, Thompson, Bentley, O’Brien) y el desarrollo de lo categorizado como “the collapse of explanatory paradigms” (Bonnell y Hunt 10) terminó por hacer mella en los historiadores, que comenzaron a abandonar la aspiración de convertir en ciencia su propio ejercicio intelectual a partir de inicios de los años ochenta. Las grandes escuelas historiográficas de la posguerra –*Annales*, marxismo e historia económico-social– comenzaron a perder su crédito de prestigio, demos-



trando con ello la inoperancia de un modelo que era incapaz de responder ya a las nuevas demandas sociales de la contemporaneidad. Los nuevos grupos e identidades sociales que no se reconocían en el pasado destruían con sus nuevas preguntas la escolástica de la historia ejercida hasta ese momento (Novick 510). La fase de transformación en la que entró la sociedad occidental a fines de los años setenta (Bell 1973 y Kumar 1995), se dejó sentir de nuevo en la historiografía y a partir de aquel momento, aunque activos, los paradigmas dejaron de poseer el liderazgo intelectual de la disciplina para convertirse sólo en otras formas de práctica historiográfica cada vez más anticuadas. Alertas de cambio comenzaron a ser proclamadas por los historiadores a fines de los setenta y principios de los ochenta (ver Stone, Carroll, Davis 1981) y la objetividad comenzó a dejar de ser una de las aspiraciones de la historiografía contemporánea (Bender, Katz, Palmer y AHA 15).

¿Y por qué tendencias se vinieron a sustituir esas escrituras de la historia? En los dos últimas décadas la historiografía ha pasado por una etapa de crisis muy acusada en la que se ha refugiado en una identidad muy precisa: la narratividad —entendida como recurso fomal, no como análisis filosófico—. El grito de Derrida de que “nada hay fuera del texto”, que traducido en la práctica implicaba la colocación del lenguaje en el centro de la atención de todos los saberes, parece que sedujo a los historiadores de forma irremediable y firme a partir de inicios de la década de los ochenta: el posmodernismo por negación, vinculado a los nihilismos y a los extremos, con tendencia a insistir en la deconstrucción sin reconstrucción (Megill 1985), señaló que la única vía que le quedaba al historiador era deshacerse de sus intenciones instructivas y contar una *story*. El texto y el lenguaje, y la reflexión sobre el mismo, comenzaron a ser la preocupación principal del historiador en vanguardia (ver Jay, Carr, Cebik, Kellner, Passmore, White, Roth, Nash, Spiegel 1990, Norman, Burke 1993), pero no en su vertiente ontológica o filosófica, sino más bien en su vertiente formal y expositiva: búsquedas de nuevas formas de exposición historiográfica antes que nuevas formulaciones de carácter teórico. Así, los ejercicios prácticos dedicados al mismo no se hicieron esperar. Ejercicios prácticos que han sido perfectamente ilustrados por el profesor Aurell y que, consecuentemente, no analizaré de nuevo.

Pero, ¿por qué la *story*? Se ha señalado que la posmodernidad es en cierta manera una huida, como es el no antes que el sí. La historiografía pareció asumir esa posición huyendo hacia prácticas que no requerían responsabilidad alguna: contar una *story*. El relato ha sido siempre algo que ha caracterizado a la historia desde que tomó cuerpo como una de las musas. No gratuitamente, Clío ha sido comúnmente representada con un pedazo de papel escrito en una de sus manos, e incluso en Europa nos hemos permitido lla-



mar Prehistoria a la historiografía que trabaja sin documentos escritos. Por ello no resulta extraño comprobar como en tiempos de crisis, de huida, haya sido el relato, la *story*, la que haya devuelto a los historiadores la confianza en sí mismos, considerada así, y no por pocos, como un “comfortable retreat” (Davidson 323).

En tal contexto, debiéramos preguntarnos cuál ha sido la finalidad de tal estrategia. La argumentación enjundiosa con citas varias puede ser sustituida por un breve pero ilustrativo comentario de una de las máximas cultivadoras de *historical stories*: Natalie Z. Davis. La bien conocida historiadora americana señalaba en pleno desarrollo de la corriente que

perhaps the most creative next step will be as much literary as analytical –that is, to find expository or narrative modes that can give effective expression to the interplay and strains between large and small, between social and cultural. If so, the endings may not always be happy ones, but the reading should be better than ever. (1990, 34)

La huida posmoderna se consumaba en forma de *story* en historiografía, pues ya no importaba ni explicar ni instruir, sino entretener. Un verdadero cambio de identidad de las bases de la historiografía moderna que señalaba cómo la posmodernidad no quería responder a la pregunta que ponía en el centro de la cuestión la finalidad del ejercicio de los historiadores.

La muerte del relato: el agotamiento de la forma y la búsqueda de sentido

Con este panorama, el relato y la narración comenzaron a triunfar a fines de la década de los setenta y en los ochenta, reclamando su apoteosis en los años noventa, como los libros de Simon Schama o la misma Natalie Z. Davis (1995) demuestran.

Sin embargo, si convenimos en que “although the initial theorists of the postmodern belonged to the generation of the 1960s, the discourse did not really proliferate and become a dominant intellectual and cultural force until the 1980s” (Best y Kellner 11), lo cierto es que los ochenta y noventa parecen estar jugando el mismo papel que los sesenta conforme a la década de auge de las aspiraciones narrativas al incubar un movimiento en ascendencia que está insistiendo de nuevo en la recuperación de la interpretación –o si se prefiere en términos lingüísticos, en la preocupación por el significado– antes que en la atención a la descripción de los acontecimientos a través de una focalización en la forma del lenguaje –significante– (Ankersmit).

Así, aunque sea cierto que una de las grandes ventajas que ha proporcionado la narratividad a la historiografía es la toma de conciencia de las com-





plejidades constructivas de un texto, de la necesidad de ser conscientes de esa misma construcción para poder realizar con garantías la materialización del propio discurso historiográfico (ver Davidson) y de la misma historicidad de los textos que emplea –la historicidad de un pasado que en su día fue futuro–, la verdad es que en su práctica ha perdido el monopolio de la representación más excelsa hasta convertirse, otra vez, en un ejercicio más consentido pero menos admirado en la historiografía de este nuevo milenio.

Pero ¿a qué se debe este nuevo giro? La respuesta parece, paradójicamente, estar fuera del texto. La disolución del sistema de relaciones internacionales bipolar, llamado Guerra Fría, después de 1989 (Kennedy y Cooper), las guerras interétnicas, poscoloniales y civiles acontecidas en la década de los noventa y el nacimiento de una nueva estrategia militar que tiene en el terrorismo su punta de lanza, mezcladas con la disolución galopante de las identidades nacionales (ver Teich y Porter, Dunn 1995, Delanty y O'Mahony, Paul, Ikenberry y Hall) y la crisis del modelo de Estado vigente (ver Cerny, Greenberg y Mayer, Clarke, Smith, Gould y Paquino, y Aronowitz y Bratsis), han venido a ser el síntoma final de un malestar en la civilización occidental en particular y mundial en general, como diversos diagnósticos, de todo ensamblaje ideológico, han demostrado (Bell 1973, Bell 1976, Fukuyama, Huntington). El mismo proceso de pauperización y devaluación que la identidad de ciudadano ha sufrido en las últimas décadas, pues ese mismo ciudadano ha venido a observar como su personalidad quedaba reducida a la miope condición de consumidor, identidad moderna que ha venido a secuestrar el resto (Delanty 2000, 21), es también claro síntoma, en escala micro, de ese malestar de perspectiva macro. La organización pensada en el pasado y desarrollada en el presente no sirve para un futuro cercano. Como ha escrito Preston, “the end of the comfortable certainties of the cold war” ha tomado lugar (Preston 1997, 78): ya no hay certezas y ya no hay comodidad. Unos augurios que no han venido sino a confirmarse con el 11 de septiembre.

En todo este cambio de los noventa, en toda esta disolución de certidumbres ¿podía la nueva historia narrativa dar una respuesta convincente y útil a la sociedad que la sustentaba? La respuesta parece negativa. Como han señalado Antonio y Kellner, la posmodernidad no está en posición de afrontar los retos que la realidad no eludible de la sociedad posmoderna está lanzando en este final de siglo (144). La historiografía narrativa entonces, y a tenor de este diagnóstico, no parece tampoco que pueda sobrevivir en sus actuales marcos debido, principalmente, a dos razones básicas.

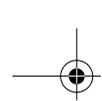
En primer lugar, porque el relato y la narratividad en historiografía han derivado en una depauperización, en la práctica, del ejercicio del historiador al ir progresivamente reblandeciendo las fronteras entre ésta y la novela histó-



rica. El mercado —la cantidad de libros que se han de vender— y no el lector —la calidad del discurso, del mensaje, que ha de ser instructivo, ha de mostrar una tesis, una idea, siendo ésta una de las señas de identidad que diferencia la historiografía de la literatura— parece que ha progresivamente bajado el nivel de exigencia de la narración hasta convertirla en lo que podríamos llamar una *fast-story* que deja el mismo sello experimental y vivencial que un perrito caliente, como son esas biografías de rápido consumo y de leve densidad, por ejemplo. La condición efímera de los relatos históricos parece mostrarse como una buena estrategia para el sobrevivir diario de la historiografía presente pero una mala iniciativa para la supervivencia de una disciplina intelectual futura, pues con ella se arriesga a perder su identidad y no ser reconocida como tal, arriesgándose a ser diluida y, por lo tanto, a desaparecer. La narratividad ha reducido a una escala casi invisible las señas de identidad de la historiografía, que no acierta a reconocerse y diferenciarse de otras actividades culturalmente vigentes.

En segundo lugar, el problema de una historia convertida en *story* es que se carece de una unidad que permita contemplar el pasado con una cierta garantía de perdurabilidad y sentido. El ya simpático Menocchio o el misterioso Guerre parecen ser estupendos compañeros de aventuras, pero pésimos amigos para responder a los problemas de una contemporaneidad que no acierta a poner en consonancia los fragmentos agudos de una sociedad conflictiva. Los excesos de esa historiografía demasiado tautológica, que lleva a un discurso autoalimentado y que se aleja del lector activo, parece estar tocando a su fin, no ya por una cuestión teórica, sino más bien práctica. La posmodernidad, en una metáfora muy utilizada, ha despedazado (o convertido en migajas, ver Dosse) el discurso del pasado. Y si ese ejercicio se ha mostrado como eficaz, excelente y necesario para poder individuar cada uno de los fragmentos que la modernidad pretendió borrar del mapa de la historia, un nuevo ejercicio se muestra ahora necesario también: el de reunificarlos para dotarlos de sentido.

Contar *stories* es una forma de huida que entretiene pero que no soluciona los problemas a los cuales el historiador, como intelectual de su tiempo, no puede sustraerse. Como ha señalado Delanty, “postmodernism is exhausted because its work has been done” (1999, 181), dejando de ser por tanto una aspiración intelectual para convertirse en una realidad social que hay que afrontar en todos sus conflictos. La deconstrucción y la aspiración posmoderna es ya una realidad, no una ficción (Breisach 193). Y no está dentro de los textos de Derrida, sino fuera de ellos, en la sociedad e individuos que los leen. En tal contexto, los historiadores no pueden seguir eludiendo por más tiempo las responsabilidades de su oficio. Preguntas que tienen que ser



resueltas históricamente no pueden ser suspendidas indefinidamente a través de *storytellers* brillantes pero huidizos. La nota a pie de página, por muy brillante que sea, parece que no es capaz de sostenerse en el cuerpo central del texto indefinida e ininterrumpidamente. Toda vez que el espectáculo se ha terminado, uno debe volver a la vida diaria y afrontar los problemas que, desee o no, están ahí esperándolo. Y, además, porque como muy bien ha señalado recientemente Chris Lorenz, “the original meaning of the Greek word *historia* is not story, but *inquiry*” (329).

El juego de las identidades y la renovación de los conceptos

Así las cosas, en un nuevo giro de la cultura occidental, íntimamente ligado al malestar real de nuestra sociedad de masas o también llamada posindustrial, es un posmodernismo en positivo el que parece estar comenzando a dotar a los pedazos de un cierto significado, asumiendo de la posmodernidad parte de sus valores ontológicos y de crítica a la modernidad pero rechazando la “pessimistic vision” (Antonio y Kellner 127) que la caracterizaba. Posmodernidad porque no pretende instalar de nuevo una ideología, un metarrelato o una promesa, pero en positivo porque ya no se insiste en deconstruir o en reducir, sino en dotar de significado a los pedazos y procesos que nos componen (Delanty 1999, 113 y 146 y Burke 1997a, 191). Una tendencia que insiste ahora en la otra cara de la moneda de la semiología: el significado. En vez de la forma, en insistir en el relato o el discurso, se trata de señalar las implicaciones del lenguaje como mecanismo creador de significados. El lenguaje es entendido consecuentemente como práctica que crea un mundo y, por tanto, los mecanismos formales han de ser estudiados en conexión con esa creación, con el fin de comprender el pasado y comprendernos a nosotros mismos. Sabiendo ya que el lenguaje nos constituye y que todo puede ser reducido a discurso –o discursos–, no se trata ya de confirmar su naturaleza u ontología, sino la diversidad, planos y derivaciones de esos mismos discursos y las aplicaciones históricas con que han sido y son creados y empleados en nuestro pasado y nuestro presente –se trata de estudiar, como dirían ya los nuevos lingüistas, el paratexto–.

Pero ¿cuáles han sido los detonadores que han permitido ese nuevo desafío intelectual? El contexto hay que situarlo dentro de lo que se ha dado en llamar giro cultural (ver Chaney). Una tendencia en la sociedad contemporánea que ha permitido ver el mundo como una trama de significados que se expresan no sólo a través de los textos lingüísticos, sino de la imagen, los gestos y el uso social del espacio y del tiempo. Un giro cultural (ver

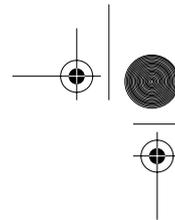




los trabajos de Sewell y de Burke 1997a para un repaso de los conceptos de cultura desde la historiografía) que tiene en los denominados *Cultural Studies* uno de sus máximos inspiradores (ver Chaney 7-88, Alasuutari 23-37, McGuigan) y en los cada vez más importantes medios de comunicación de masas y sus respectivas disciplinas –comunicación audiovisual, publicidad, relaciones públicas, etc.– el síntoma claro de su implantación y trascendencia social.

Una atención a lo cultural que se ha debido sobre todo a la necesidad de ponerle significado a los dramáticos y veloces cambios políticos y sociales que se han producido en la última década. Como ha dejado escrito Delanty, “in power, in identity, in community, in social movements, lifestyles and consumption, in science, in nature and gender, the question of culture has become central” (2000, 166), porque es la que permite conectar las distintas partes analizadas por las diferentes disciplinas con el fin de dotarlas de un significado y de una interpretación. La cultura ha dejado de convertirse por tanto en un cajón, en una sección del mueble de saberes científicos, para convertirse en una perspectiva, en un modo de aproximación (Bonnell y Hunt), pues tal y como ha señalado uno de sus más conspicuos alentadores, Clifford Geertz, “el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones” (20). Una cultura que vendría a ser *a web of meanings*, que, entonces, han de ser desvelados o, si se prefiere, ya no narrados ni explicados, sino interpretados (Donald Kelley señalaba ya en 1983 ese interés por la interpretación en historiografía). Un conjunto de significados que no son unitarios, estructurales, unívocos y permanentes –no forman por tanto un modelo–, sino fragmentarios, específicos, contradictorios y dinámicos –lo denominado consecuentemente “culture as practice” (Sewell 44-45)–. En esa perspectiva, lo que importa es demostrar la operatividad del mensaje, su recepción y su efectividad y no trazar modelos culturales cerrados en sí mismos, como la antropología estructural pretendía. La nueva idea de cultura establece una relación muy estrecha con la práctica cultural y ha redescubierto la participación activa no ya del autor, del mensaje o del discurso, sino del lector (Breisach 152). Como ha señalado Donald Kelley, “los textos no sólo se escriben, sino que se leen y, por supuesto, se leen mal; como sabe cualquier profesor, la lección enseñada es rara vez –en principio, quizá nunca– la misma lección que se aprende” (1996, 41) y por lo tanto ya no importa tanto saber lo que el mensaje o el autor o el texto quiso decir como lo que en práctica produjo su uso, comprensión o empleo.

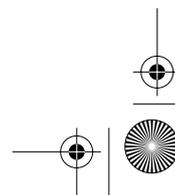
Pero, ¿cuál es el utillaje conceptual que nos permite localizar ese giro y señalar sus ambiciones? La identidad, palabra clave que parece estar siendo la



llave de unión entre la sociedad posmoderna y la que está por llegar, es un concepto que ha entrado muy recientemente en el campo de los estudios sociales (Lash y Friedman, Hall), provocando una callada pero segura y profunda convulsión intelectual. Es sabido que, no obstante, el concepto de identidad tiene un origen cierto desde su punto de vista más teórico (ver Rieber, Stets y Burke, Stryker y Burke; Burke, Owens, Serpe y Thoits, Leary), estudiado hace ya algún tiempo (ver Baumeister y Porter), pero no ha sido hasta la década de los ochenta cuando se ha solidificado como una categoría propia y reveladora de una nueva concepción de lo social y antropológico (ver Krieken), desentendiéndose de filiaciones políticas o ideológicas (Dunn 1998, 65).

No obstante, la asunción de su importancia en el mundo intelectual no ha de ser desvinculada de razones sociales y políticas. Mujer, gay, chicano o negro son sólo algunas de esas identidades que han modificado de manera sustancial nuestra realidad y, por tanto, la escritura y reflexión de nuestro pasado y memoria. Todas ellas se han lanzado a reclamar un espacio propio en el presente que ha obligado a ir modificando el pasado. Contemplar(se) en ese presente implica la creación de una plataforma de acción que permita integrar un discurso, y hacerlo efectivo en la práctica, en la sociedad actual. Un discurso que necesita de un espacio en el presente y de un tiempo en el pasado para ser aceptado e instalarse dentro del sistema social en el cual habita. La búsqueda del espacio se hace a través de la conquista de puestos académicos y profesionales en los que poder desarrollar su discurso y aspiraciones (Searle 1990), pero la búsqueda de un tiempo ha de hacerse yendo hacia el pasado y, por tanto, reconstruyendo ese mismo pasado a la medida del presente o al menos en esa perspectiva. El primer posmodernismo dejó al aire las trampas de un (meta)relato en el que no podían reconocerse determinadas identidades de este final de siglo y la autoconciencia del presente –y el convencimiento de la historicidad intrínseca de todo lo que tiene que ver con lo humano– ha obligado a modificar en parte la relación con el pasado, debiendo ser ajustado en sus términos.

Y es el concepto señalado de identidad, que puede ser definido como “the process of construction of meaning on the basis of a cultural attribute, or related set of cultural attributes, that is/ are giving priority over other sources of meaning” (Castells 6) el que está consiguiendo asumir todas las ambiciones e intereses de ese giro cultural que hemos contemplado. Se trata entonces no de realizar biografías ni narraciones, sino de insistir en los mecanismos creados por un individuo o grupo social para poder llegar a reconocerse y ser reconocido con respecto al resto del conglomerado social. La identidad es lo que nos hace ser y ser reconocidos por los otros. Es lo que nos dota de especi-





fidad y, al tiempo, lo que configura las piezas, o nudos, de la trama social, o red, en la que el ser humano habita. Una identidad que se transforma, que no es única ni unívoca –Virginia Woolf fue escritora, mujer, hermana, amante... toda una serie de identidades que deben ser interpretadas en un tiempo y espacio concretos– pero que permite resolver con ciertas garantías el temor de la fragmentación en el saber contemporáneo. Un concepto que se está introduciendo de forma lenta pero segura también en el mundo de la historiografía (ver Breisach 152-53) gracias a la renovación de otra herramienta conceptual que, desligada de connotaciones moralistas, ha obligado a los historiadores a replantearse la participación del ser humano como individuo y personalidad –como identidad por tanto– en los procesos históricos: el concepto de *agency* (ver Delanty 1999, 122-47, Pomper y el monográfico de *History and Theory* publicado en el 2001, con capítulo introductorio de Shaw).

Pero ¿cómo se están materializando todas esas aspiraciones en la práctica? Son dos los libros que, a mi entender, mejor pueden ilustrar no el modelo definitivo que está siendo adoptado por esa nueva historia interpretativa, pero al menos sí sus aspiraciones y características iniciales.

El estudio muy conocido ya de Peter Burke, *The Fabrication of Louis XIV*, marca un punto de partida al desentenderse de *stories* particulares y tratar de interpretar y dejar en evidencia la construcción de la imagen del Rey Sol. Como señalaba su autor, “this study [...] is intended as a contribution to the history of communication, the history of the production, circulation and reception of symbolic forms” (1) y ya no se trataba consecuentemente de ver la fortuna historiográfica del personaje o los actos de su gobierno sino la forma en cómo diacrónicamente el monarca francés había pretendido forjar una identidad a través de múltiples recursos visuales y representativos que se iban probando a lo largo de todo su reinado.

En el año dos mil una historiadora bien conocida por sus entretenidas y brillantes *stories* pegó un giro brusco al publicar un libro que mostraba muy elocuente y significativamente los cambios en la historiografía general. Natalie Z. Davis y su *The Gift in the Sixteenth-Century France* convertían un objeto en el personaje mismo de una historia. El regalo se estudiaba como parte de un sistema cultural que debía de ser explicado a través del uso social e individual que se hacía de los artefactos que se producían en el seno de una determinada etapa histórica. Saber no ya de su producción, sino de su consumo y empleo, era una de las funciones de la veterana historiadora. Sin grandes complicaciones conceptuales, sin grandes alardes teóricos, se recogía la tradición antropológica de entreguerras –Mauss sobre todo– para revisar de nuevo las pautas culturales del pasado.



Ejercicios que desde la década de los noventa han venido a multiplicarse y hacerse, progresivamente, con el liderazgo cualitativo de la historiografía. Unas prácticas que van creciendo gracias al incremento de esa tan reivindicada pero poco ejercida interdisciplinaridad. Las observaciones de antropólogos e historiadores del arte enseñan a los historiadores que para comprender el significado cultural de nuestras sociedades en pasado es necesario reevaluar la importancia de las imágenes y de los gestos como creadores de identidad y de ahí que su reintroducción en el campo de la historia sea lenta pero ya significativa (ver Bremmer y Roodenburg, Burke 2002).

En definitiva, los historiadores han girado de lo social a lo cultural y, con ello, de lo explicativo –hacer ciencia– a lo interpretativo –comprender los procesos–. Ya no se trata de fijar el pasado, sino de contemplarlo como un espacio de posibilidades que no debe ser evaluado desde el presente, sino desde su propia condición de historicidad. Ya no se trata, como nos recuerda el increíble Humpty Dumpty, de leer el discurso o saber qué dice, sino de ¿quién manda en él!

Conclusiones: de la narratividad a la interpretación en historiografía

El simple historiador [...] siempre imagina que resulta trivial comprender lo obvio.
Hans-Georg Gadamer, *Verdad y Método II*

La crisis de conciencia y la transformación de identidades en las que parece estar instalada la sociedad occidental contemporánea está afectando de forma dramática y contumaz a nuestra propia visión del pasado y, consecuentemente, a su escritura y exposición (el balance más ajustado en el ya señalado Breisach). Pasado y presente vuelven a tener una relación conflictiva y no llegan a ponerse de acuerdo sobre quiénes somos actualmente: “once again, there are wars and rumours of wars in the realm of historians” (Davidson 322). Podemos decir con Gadamer (384) que comprender lo obvio ya no resulta tan trivial para la nueva sociedad y los nuevos intelectuales.

Los síntomas de cambio arriba expuestos señalan que la relación de los historiadores con el pasado ya no será por tanto nunca la misma después del embate de la segunda ola posmoderna y las transformaciones sociales y culturales que han tomado lugar en estas dos últimas décadas. Como ha escrito recientemente Jörn Rüsen, “it is not free academic thinking that has brought about the problems we have to deal with, but practical needs of a general and fundamental importance” (2002, 335): son los problemas de una sociedad en plena transformación, a la cual el historiador por su misma identidad de ser



humano e individuo social no puede sustraerse, los que señalan los caminos por los que habrá de dirigirse (Rüsen 1993, 121). Por lo tanto, el presente, que ha cambiado y cambia de manera dramática, ni puede ni debe ser ya ignorado por el historiador cuando se acerque a preguntar al pasado cómo hemos llegado adonde estamos.

¿Y cuáles son las sensibilidades con las que debemos arrostrar los desafíos del futuro como historiadores? Primero, porque el imparable proceso de globalización –inversamente proporcional al no menos galopante proceso de disolución nacional– ha dejado de convertirse en un tópico que señalar y más en una actitud para adoptar, las fronteras de tiempo y espacio por las que se regían los campos historiográficos ya no son válidos. El eurocentrismo –o el occidentalcentrismo–, algo más que una forma geográfica de calificar la historia (Burke 2002), ha venido a ponerse en evidencia y a relativizarse en un mundo que ha de hablar historiográficamente de una forma mucho más plural (ver Wurgaft, Aróstegui, Bender, Chodorow y Yu, Domanska, Galtung, Burke 2000, Mazlish, Bender 2002, Fuchs y Stuchtey, Stuchtey y Fuchs). La transversalidad, convertida en un valor desde hace bien poco gracias al giro cultural ya visto, señala la necesidad de trasladar los problemas desde lo geográfico a lo temático, desde lo analítico a lo sintético. No vale ahora observar el problema de manera lineal y circunscrita. Es necesario ya preguntarse por la misma incógnita de manera global, de forma general, aunque el enfoque se reduzca a un tiempo y espacios concretos. De ahí que los llamados *postcolonial studies* estén cada vez más presentes en la práctica de todos los historiadores y que como ha señalado Alasuutari, “the continuing movement towards internationalization will certainly make it more and more difficult to retain one’s faith in naïvely self-evident meanings, interpretations and identities” (37).

Segundo, porque se tiene la certeza ahora de que el pasado es siempre una construcción desde el presente, y de que generalmente habla más elocuentemente de ese presente que del pasado que pretende fijar, la ausencia de conciencia ya no es posible en historiografía. Como ha dejado resumido Megill del pensamiento filosófico de Heidegger y Gadamer, “since prejudice is inescapable, the duty that lies upon the interpreter is not to eliminate his prejudices, but rather to make them explicit” (Megill 1985, xi). La recuperación de los conceptos íntimamente ligados de memoria (Lowenthal, Olábarri, Megill 1998; Lussana, Spiegel 2002) y de conciencia (Searle 2002) han ayudado de manera decisiva al historiador a darse cuenta de que lo que importa ya no es el pasado en sí mismo –convertirlo en ciencia, en objeto inmóvil–, sino la colocación, uso y función de éste en el presente, su significado para la sociedad que ha de digerirlo. Se trata, de una parte, de observar





cómo la historia ha ayudado a construir el mundo social y cultural en el que ha sido escrita –la historia como documento en sí mismo que habla de la identidad del tiempo en que fue elaborada– y, simultáneamente, de observar el pasado como una posibilidad, como un sistema que no ha de ser fijado –objetivado si se prefiere–, sino interpretado y definido en sus posibilidades, en sus circunstancias, no en sus efectos. El pasado hablando ya directamente en primera persona.

En definitiva, la historiografía parece hacerse eco lenta pero insistentemente del especial momento en que nos encontramos. Modernidad, posmodernidad y premodernidad campan de manera afónica y simultánea en la sociedad y cultura del hoy. La nueva vía interpretativa –síntoma claro de un intento por solucionar el estado permanente de crisis en el que parecemos habernos establecido definitivamente– ha comenzado a tomar cuerpo y, sin querer ni pretender ser un paradigma, parece al menos estar ayudando a instalar una nueva sensibilidad que nos haga salir de la arbitrariedad en la que tan a gusto nos habíamos acomodado.¹

NOTAS

1. Una reseña de varios libros dedicados a este tipo de historia puede verse en Burke 1997b. La colección *Studies on the History of Society and Culture* (<http://www.ucpress.edu/books/shsc.ser.html>) es la mejor atalaya con la que ir comprendiendo esta nueva forma de práctica historiográfica.

OBRAS CITADAS

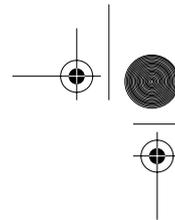
- Alasuutari, Pertti. *Reaching Culture: Qualitative Method and Cultural Studies*. London: Sage, 1995.
- Anderson, Perry. *Los orígenes de la posmodernidad*. Madrid: Anagrama, 1999.
- Ankersmit, Frank R. "Historical Representation". *History and Theory* 27.3 (1988): 205-28.
- Antonio, Robert J. y Douglas Kellner. "The Future of Social Theory and the Limits of Postmodern Critique". *Postmodernism and Social Inquiry*. Ed. David R. Dickens y Andrea Fontana. New York-London: The Guilford Press, 1994. 127-52.
- Aronowitz, Stanley y Peter Bratsis, eds. *Paradigm Lost: State Theory Reconsidered*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2002.
- Aróstegui, Julio. "Identidad, mundialización e 'historización' de la experiencia". *Hispania* 58.1 (1998): 97-125.



- Aurell, Jaume. "Los efectos del giro lingüístico en la historiografía reciente". *Rilce* 20 (2004): 3-20.
- Baumeister, Roy F. *Identity: Cultural Change and the Struggle for Self*. Oxford: Oxford University Press, 1986.
- Bell, Daniel. *The End of Ideology: On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties*. New York: Free Press, 1962.
- . *The Coming of Post-Industrial Society: A Venture in Social Forecasting*. New York: Basic Books, 1973.
- . *The Cultural Contradictions of Capitalism*. New York: Basic Books, 1976.
- Bender, Thomas, ed. *Rethinking American History in a Global Age*. Berkeley: California University Press, 2002.
- Bender, Thomas, Stanley Chodorow y Pauline Yu. *The Transformation of Humanistic Studies in the Twenty-first Century: Opportunities and Perils*. New York: American Council of Learned Societies, 1997.
- Bender, Thomas, Philip M. Katz, Colin Palmer and the AHA Committee on Graduate Education. *The Education of Historians for the Twenty-First Century*. Urbana: University of Illinois Press, 2004.
- Bentley, Jerry H. "World History and Grand Narrative". *Writing World History, 1800-2000*. Ed. Benedikt Stuchtey y Eckhardt Fuchs. Oxford: Oxford University Press, 2003. 47-65.
- Bertens, Johannes W. *The Idea of the Postmodern: A History*. London: Routledge, 1994.
- Best, Steven y Douglas Kellner. *The Postmodern Turn*. New York/ London: The Guilford Press, 1997.
- Bonnell, Victoria E. y Lynn Hunt. "Introduction". *Beyond the Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture*. Ed. Victoria E. Bonnell y Lynn Hunt. Berkeley-Los Angeles: University of California Press, 1999. 1-32.
- Breisach, E. *On the Future of History: The Postmodernist Challenge and Its Aftermath*. Chicago-London: University of Chicago Press, 2003.
- Bremmer, Jan y Herman Roodenburg, eds. *A Cultural History of Gesture: From Antiquity to Present Day*. Cambridge: Polity, 1993.
- Burke, Peter. *The Fabrication of Louis XIV*. New Haven: Yale University Press, 1992.
- . "Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración". *Formas de hacer historia*. Ed. Peter Burke. Madrid: Alianza, 1993. 287-305.
- . *Varieties of Cultural History*. New York: Cornell University Press, 1997a.
- . "New Cultural Histories". *The Journal of Early Modern History* 1.1 (1997b): 77-81.
- . "The Web and the Seams: Historiography in an Age of Specialization and Globalization". *British and German Historiography, 1750-1950: Traditions, Perceptions, and Transfers*. Ed. Benedikt Stuchtey y Peter Wende. Oxford: Oxford University Press, 2000. 401-409.
- . *Eyewitnessing: The Uses of Images as Historical Evidence*. New York: Cornell University Press, 2001.



- . “Western Historical Thinking in a Global Perspective - 10 Theses”. *Western Historical Thinking: An Intercultural Debate*. Ed. Jörn Rüsen. New York: Berghahn Books, 2002. 15-30.
- Burke, Peter J., Timothy J. Owens, Richard T. Serpe y Peggy A. Thoits, eds. *Advances in Identity Theory and Research*. New York: Kluwer Academic-Plenum, 2003.
- Calinescu, Matei. *Five Faces of Modernity: Modernism, Avant-Garde, Decadence, Kitsch, Postmodernism*. Durham: Duke University Press, 1987.
- Carr, David. *Time, Narrative and History*. Bloomington: Indiana University Press, 1986.
- Carroll, David. “Representation or the End(s) of History: Dialectics and Fiction”. *Yale French Studies* 59 (1980): 201-29.
- Castells, Manuel. *The Information Age: Economy, Society and Culture. Vol. II: The Power of Identity*. Oxford: Blackwell, 1997.
- Cebik, L. B. “Understanding Narrative Theory”. *History and Theory* 25.4 (1986): 58-81.
- Cerny, Philip G. *The Changing Architecture of Politics: Structure, Agency, and the Future of the State*. London: Sage, 1990.
- Clarke, Simon, ed. *The State Debate*. New York: St. Martin's Press, 1991.
- Chaney, David C. *The Cultural Turn: Scene-setting Essays on Contemporary Cultural History*. London-New York: Routledge, 1994.
- Cooper, Robert. *The Post-Modern State and the World Order*. London: Demos, 1996.
- D'Agostini, Franca. *Analitici e continentali: Guida alla filosofia degli ultimi trent'anni*. Milano: Raffaello Cortina, 1997.
- Davidson, James West. “The New Narrative History: How New? How Narrative?”. *Reviews in American History* 12.3 (1984): 322-34.
- Davis, Natalie Z. “The Possibilities of the Past”. *The Journal of Interdisciplinary History* 12.2 (1981): 267-75.
- . “The Shapes of Social History”. *Storia della Storiografia* 17 (1990): 28-34.
- . *Women in the Margins: Three Seventeenth-Century Lives*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press, 1995.
- . *The Gift in Sixteenth-Century France*. Oxford: Oxford University Press, 2000.
- Delanty, Gerard. *Social Theory in a Changing World: Conceptions of Modernity*. Cambridge: Polity, 1999.
- . *Modernity and Postmodernity: Knowledge, Power and the Self*. London: Sage, 2000.
- Delanty, Gerard y Patrick O'Mahony. *Nationalism and Social Theory: Modernity and the Recalcitrance of the Nation*. London: Sage, 2002.
- Dickens, David R. y Andrea Fontana. “Postmodernism in the Social Sciences”. *Postmodernism and Social Inquiry*. Ed. David R. Dickens y Andrea Fontana. New York-London: The Guilford Press, 1994. 1-22.



- Domanska, Ewa. "Universal History and Postmodernism". *Storia della Storiografia* 35 (1999): 129-39.
- Dosse, François. *La historia en migajas: de "Annales" a la "nueva historia"*. Valencia: Alfons el Magnànim, 1988.
- Dunn, John, ed. *Contemporary Crisis of the Nation State?* Oxford: Blackwell, 1995.
- Dunn, Robert G. *Identity Crises: A Social Critique of Postmodernity*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1998.
- Fuchs, Eckhardt y Benedikt Stuchtey, eds. *Across Cultural Borders: Historiography in Global Perspective*. Lanham: Rowman & Littlefield, 2002.
- Fukuyama, Francis. *The End of History and the Last Man*. New York: The Free Press, 1992.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y Método, II*. 5ª edición. Salamanca: Sígueme, 2002.
- Galtung, Johan. "World/ Global/ Universal History and the present historiography". *Storia della Storiografia* 35 (1999): 141-61.
- Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa, 1988.
- Gould, Carol C. y Pasquale Paquino, eds. *Cultural Identity and the Nation-State*. Lanham: Rowman & Littlefield, 2001.
- Gottdiener, M. "Semiotics and Postmodernism". *Postmodernism and Social Inquiry*. Ed. David R. Dickens y Andrea Fontana. New York-London: The Guilford, 1994. 155-81.
- Greenberg, Edward S., y Thomas F. Mayer, eds. *Changes in the State: Causes and Consequences*. Newbury Park: Sage, 1990.
- Hall, Stuart. "Introduction: Who needs 'Identity?'". *Questions of Cultural Identity*. Ed. Stuart Hall y Paul du Gay. London: Sage, 1996. 1-17.
- Huntington, Samuel P. *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. New York: Simon & Schuster, 1996.
- Jay, Martin. "Should Intellectual History Take a Linguistic Turn? Reflections on the Habermas-Gadamer Debate". *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives*. Ed. Dominick LaCapra y Steven L. Kaplan. Ithaca: Cornell University Press, 1982. 86-110.
- Kelley, Donald R.: "Hermes, Clio, Themis: historical interpretation and legal hermeneutics". *The Journal of Modern History* 55.1 (1983): 644-68.
- . "El giro cultural en la investigación histórica". *La "Nueva" Historia Cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinarietà*. Dir. Ignacio Olábarri y Francisco J. Caspistegui. Madrid: Complutense, 1996. 35-48.
- Kellner, Hans. "Narrativity in History: Post-Structuralism and Since". *History and Theory* 26.4 (1987): 1-29.
- Kennedy, Paul M. *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*. New York: Random House, 1987.
- Kumar, Krishan. *Prophecy and Progress: The Sociology of Industrial and Post-Industrial Society*. New York: Penguin Books, 1978.

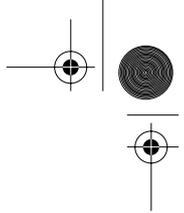




- . *From Post-Industrial to Post-Modern Society: New Theories of the Contemporary World*. Oxford: Blackwell, 1995.
- Lash, Scott y Jonathan Friedman. "Introduction: Subjectivity and Modernity's Other". *Modernity and Identity*. Ed. Scott Lash y Jonathan Friedman. Oxford: Blackwell, 1992. 1-30.
- Leary, Mark R. "The Self as an Organizing Construct in the Behavioral and Social Sciences". *Handbook of Self and Identity*. Ed. Mark R. Leary y June Price Tangney. New York-London: The Guilford Press, 2003. 3-14.
- Lorenz, Chris. "Can Histories Be True? Narrativism, Positivism, and the 'Metaphorical Turn'". *History and Theory* 37.3 (1998): 309-29.
- Lowenthal, David. *The Past Is a Foreign Country*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.
- Lussana, Fiamma. "Memoria e memorie nel dibattito storiografico". *Studi Storici* 41.4 (2000): 1047-81.
- Lyon, David. *Postmodernity*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994.
- Mazlish, Bruce. "La historia se hace Historia: la Historia Mundial y la Nueva Historia Global". *Memoria y Civilización* 4 (2001): 5-17.
- McGuigan, Jim, ed. *Cultural Methodologies*. London: Sage, 1997.
- Megill, Allan. *Prophets of Extremity: Nietzsche, Heidegger, Foucault, Derrida*. Berkeley: University of California Press, 1985.
- . "'Grand Narrative' and the Discipline of History". *A New Philosophy of History*. Ed. Frank Ankersmit y Hans Kellner. Chicago: Chicago University Press, 1995. 151-73 y 263-71.
- . "History, Memory, Identity". *The History of the Human Sciences* 11.3 (1998): 37-62.
- Nash, Christopher, ed. *Narrative in Culture: The Uses of Storytelling in the Sciences, Philosophy and Literature*. London: Routledge, 1990.
- Norman, Andrew P. "Telling It Like It Was: Historical Narratives on Their Own Terms". *History and Theory* 30.2 (1991): 119-35.
- Novick, Peter. *That Noble Dream: The 'Objectivity Question' and the American Historical Profession*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988.
- O'Brien, Patrick K. "The Deconstruction of Myths and Reconstruction of Metanarratives in Global Histories of Material Progress". *Writing World History, 1800-2000*. Dir. Benedikt Stuchtey y Eckhardt Fuchs. Oxford: Oxford University Press, 2003. 67-90.
- Olábarri, Ignacio. "La resurrección de Mnemósine: historia, memoria, identidad". *La "Nueva" Historia Cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. Dir. Ignacio Olábarri y Francisco J. Caspistegui. Madrid: Complutense, 1996. 145-73.
- Passmore, John. "Narratives and Events". *History and Theory* 26.4 (1987): 68-74.
- Paul, T. V., G. John Ikenberry y John A. Hall, eds. *The Nation-State in Question*. Princeton: Princeton University Press, 2003.



- Pomper, Philip. "Historians and Individual Agency". *History and Theory* 35.3 (1996): 281-308.
- Porter, Roy, ed. *Rewriting the Self: Histories from the Renaissance to the Present*. London: Routledge, 1997.
- Preston, Peter W. *Political/ Cultural Identity: Citizens and Nations in a Global Era*. London: Sage, 1997.
- Rieber, Steve. "The Concept of Personal Identity". *Philosophy and Phenomenological Research* 58.3 (1998): 581-94.
- Rose, Margaret A. *The Post-Modern and the Post-Industrial: A Critical Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press, 1991.
- Ross, Dorothy. "Grand Narrative in American historical writing: from romance to uncertainty". *The American Historical Review* 100.3 (1995): 651-77.
- Roth, Paul A. "Narrative Explanations: The case of history". *History and Theory* 27.1 (1988): 1-13.
- Rüsen, Jörn. "La historia, entre modernidad y postmodernidad". *New History, Nouvelle Histoire: hacia una nueva historia*. Dir. José Andrés-Gallego. Madrid: Actas, 1993. 119-37.
- . "Comparing Cultures in Intercultural Communication". *Across Cultural Borders: Historiography in Global Perspective*. Ed. Eckhardt Fuchs y Benedikt Stuchtey. Lanham: Rowman & Littlefield, 2002. 335-47.
- Schama, Simon. *Dead Certainties (Unwarranted Speculations)*. New York: Alfred A. Knopf, 1991.
- Searle, John R. "The Storm over the University". *The New York Review of Books* 37.19 (6 december 1990): 34-42.
- . *Consciousness and Language*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.
- Sewell, W. H. jr. "The Concept(s) of Culture". *Beyond the Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture*. Ed. Victoria E. Bonnell y Lynn Hunt. Berkeley-Los Angeles: University of California, 1999: 35-61.
- Shaw, David Gary. "Happy in our chains? Agency and language in the postmodern age". *History and Theory. Theme Issue* 41 (2001): 1-9.
- Sheehan, P. "Postmodernism and philosophy". *The Cambridge Companion to Post-modernism*. Ed. S. Connor. Cambridge: Cambridge University Press, 2004. 20-42.
- Smith, Mark J. *Rethinking State Theory*. London: Routledge, 2000.
- Spiegel, Gabrielle M. "History, Historicism, and the Social Logic of the Text in the Middle Ages". *Speculum* 65 (1990): 59-86.
- . "Memory and History: Liturgical Time and Historical Time". *History and Theory* 41.2 (2002): 149-62.
- Stets, Jan E. y Peter J. Burke. "Identity Theory and Social Identity Theory". *Social Psychology Quarterly* 63.3 (2000): 224-37.
- Stone, Lawrence. "The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History". *Past and Present* 85 (1979): 3-24.



- Stryker, Sheldon y Peter J. Burke. "The Past, Present, and Future of an Identity Theory". *Social Psychology Quarterly* 63.4 (2000): 284-97.
- Stuchtey, Benedikt y Eckhardt Fuchs, eds. *Writing World History, 1800-2000*. Oxford: Oxford University Press, 2003.
- Taylor, Victor E. y Charles E. Winquist, eds. *Postmodernism: Critical Concepts*. Vols. 1-4. London: Routledge, 1998.
- . *Encyclopedia of Postmodernism*. London: Routledge, 2001.
- Teich, Mikulás y Roy Porter, eds. *The National Question in Europe in Historical Context*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993.
- Thompson, Willie. "Grand Narrative". *What Happened to History?* London: Pluto, 2000. 128-56.
- White, Hayden V. *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1987.
- Wurgaft, Lewis D. "Identity in World History: A Postmodern Perspective". *History and Theory* 34.2 (1995): 67-85.

